

EL RETO

EL RETO

Andres Laszlo Jr.

Traducción Amanda Gonzales

Copyrights © Andres Laszlo Jr.

PRÓLOGO

-D ¡Droga! —exclamó el detective—. Suficiente para encerrarte.
Parecía que al padre de Siphó no le importaba.
—Relájate, tío. Solo son unos gramos de maría.

—¿Unos? Hay por lo menos diez.

—Para ser exactos, 4,9, de uso exclusivamente personal y no tienes pruebas de que trafique.

—¿Lo arrestamos? —preguntó el policía arrodillado al lado de Siphó—. Quiero decir, es el culpable más obvio que existe.

—Con lo que tenemos no se pueden presentar cargos y él lo sabe.

—¿No deberíamos comprobar el peso?

—¿Para qué? Seguro que sus básculas son mejores que las nuestras, así que, o encontramos el resto, o...

—Pero podemos demostrar que el mayorista estuvo aquí.

—Sí, pero no que le ha comprado y, además, esto no es un paquete de venta al por mayor. Lo único que podemos hacer es confiscarlo.

—La han vuelto a empaquetar. Así la vende: él mismo fabrica los envoltorios.

—Lo sabemos y lo sabe, pero, ¿cómo lo demostramos?

El policía miró al niño.

—¿Y si lo interrogamos?

—No es más que un crío, no creo que tengamos permiso.

—¡Parad! —exclamó el padre de Siphó— ¡No tenéis derecho a preguntarle! ¡Solo tiene cinco años y es demasiado joven para demostrar nada!

Con cuidado, el detective bajó la porra para apoyarse desde atrás en el hombro del reclamante. El padre de Siphó se calló al instante. El policía le dirigió a Siphó una gran sonrisa:

—Pareces un niño bueno. No te importa que te haga unas preguntas, ¿verdad?

Sipho, cinco años, delgado, pelo largo y negro y grandes ojos castaños, no dijo nada, pero le lanzó una mirada cargada de rabia y recelo.

—Ayer, tu padre quedó aquí con un hombre blanco, grande y con coleta, ¿no?

—No, de verdad que no. Aquí no había nadie. De verdad que no.

—Lo sabemos porque tres de tus vecinos lo vieron.

—¿Ah, sí?

—Sí, tanto entrar como salir.

Sipho bajó la mirada y se mordió el labio.

—Y hemos encontrado este envoltorio de papel. En su interior hay algo muy malo.

Sipho miró hacia otro lado, lejos del envoltorio, de su padre y de los policías.

—Es probable que lo de dentro estuviera en una bolsa de plástico. ¿Viste dónde la escondió tu padre?

Sipho no respondió.

—¿Viste si el hombre que le vendió a tu padre la bolsa de plástico le vendió algo más?

—Yo... Yo no vi nada.

—Pero sí que tuviste que ver al hombre que le vendió a tu padre una bolsa llena de droga, al hombre que prometió traerte una bicicleta la próxima vez.

—¿Una bicicleta?

—Sí.

—¿De dos ruedas?

—Claro.

—¿Con marchas?

—Por supuesto.

—Yo... —Sipho se paró en seco y miró con suspicacia al policía—. Yo no vi nada.

—Pero vives aquí...

—Sí...

—Entonces, ¿cómo es que no viste nada?

—Porque ellos...

—Porque ellos, ¿qué?

—Porque ellos... Me echaron.

Prólogo

—¿Ellos?

Sipho señaló a su padre:

—¡Él! Él me echó. ¡Siempre lo hace!

El policía miró enfadado al niño.

—Fue él —le aseguró Sipho—, fue él.

Como los policías no encontraron más droga, al final se marcharon de casa del niño y del traficante. El padre de Sipho le dirigió una mirada cariñosa:

—Eres un niño tan bueno —le dijo con afecto mientras fingía no oír las preguntas sobre bicicletas y marchas—. Siempre cuidaré de ti.

Al oír cómo el coche patrulla se alejaba, el padre de Sipho echó un vistazo a través de la ventana para asegurarse de que ambos policías iban dentro. Así era. A continuación, tras sofocar un violento ataque de tos y comprobar que ningún representante de la ley más se hallaba cerca, abrió a escondidas la puerta de la entrada y se acercó a lo que quedaba de un viejo Volkswagen Beetle, aparcado en el patio delantero. El padre de Sipho levantó el capó y, después de realizar ciertos ejercicios acrobáticos bastante avanzados, consiguió recuperar una bolsa de plástico de las profundidades de la parte trasera del cacharro. Una vez dentro de casa y tras haber cerrado con llave, abrió un envoltorio que estaba dentro de la bolsa y, con manos temblorosas, mezcló parte del contenido con tabaco.

Sipho miró el papel en el que había tosido su padre. Estaba manchado de sangre. De demasiada sangre.

Las manos del padre de Sipho temblaban con violencia mientras empezaba a enrollar el cigarrillo.

Le había contado que la sangre se debía a que había tragado un diamante cuando estaba trabajando en las minas y que, a veces, le pinchaba el estómago.

Sipho no conseguía entender por qué alguien querría tragarse un diamante. “¿Para qué, si podríamos haberlo vendido y haber ganado mucho dinero?”.

Las manos de su padre se agitaban todavía más mientras intentaba terminar de enrollar el cigarrillo.

Al principio, la tos de su padre había empeorado mensualmente, después semanalmente, pero, ahora, creía Sipho, lo hacía más rápido que nunca y hoy parecía molestarle incluso más que ayer.

—Esta vez... Puede que esta vez me vaya... —el padre de Siphó observó cómo el humo le salía por la boca y subía hasta la nariz, lo que le hacía parecer idiota—. Puede que esta vez me vaya mucho tiempo... Muchísimo tiempo.

—No d-d-d-debes irte, yo...

—¡Eh! ¡Déjalo ya!

—¿El qué?

—¡Eso!

Su padre le había dicho que la tos no era motivo de preocupación, que era consecuencia del polvo de las minas y del diamante que se había tragado y que pronto se recuperaría. Aunque Siphó deseaba con todas sus fuerzas creérselo, no era así. Su padre solía mentirle y las quejas constantes parecían contradecir su optimismo. Además, Siphó se acordaba de su madre. Le había caído muy bien y, a veces, casi creía a su padre cuando le garantizaba que volvería. También tosía, cada vez con mayor frecuencia hasta que, un día, desapareció sin más.

—¿Eso qué?

—Ese estúpido tartamudeo.

—¡Yo no tartamudeo!

—No te voy a abandonar, así que, ¡más te vale parar!

Desde el primer momento, Siphó había echado mucho de menos a su madre, pero empezó a tartamudear cuando se dio cuenta de que, probablemente, nunca volvería. No era grave y solo aparecía cuando tenía miedo de que quizás a su padre tampoco le caía bien y de que estaba a punto de marcharse. Siphó tartamudeaba únicamente cuando creía que le faltaba poco para quedarse solo.

—No lo he hecho. De verdad que no.

—No pasa nada —le aseguró su padre mientras sonreía y le revolvió el pelo—, todo irá bien.

Siphó odiaba que le revolvieran el pelo.

Su padre inspiró con fuerza.

Estaba fumando uno de esos cigarrillos que olían raro, parte del cual contenía aquello que los policías buscaban. Su padre decía que era bueno para la tos, pero Siphó sabía que lo único que hacía era volverlo idiota.

—Tu medio tío, Baba —comenzó, como si fuera a decir algo en lo que no creía—, no es tan malo como quizás te haya hecho creer en ciertas

Prólogo

ocasiones. En realidad, es... —tragó con dificultad— En realidad es bastante guay.

Sipho adoraba a su medio tío Baba, o “el tío negro”, como solía llamarlo su padre. Vivía en una lujosa mansión, siempre tenía el congelador lleno de helados Magnum y, además, era un boxeador muy famoso. Cuando se veían, boxeaban, y, como siempre ganaba Sipho y su medio tío no quería que la gente de los periódicos supiera que le podía noquear cuando quisiera, habían llegado a un acuerdo tras duras negociaciones. Así, si Sipho no contaba lo poco que le costaba ganar a alguien que había noqueado al sexto mejor boxeador del mundo, mantendría el congelador lleno de helados Magnum para su disfrute personal.

—Sí, en realidad lo es.

Sipho lo miró con extrañeza. Los halagos hacia su medio tío eran impropios de su padre. De hecho, normalmente solo se acordaba de él cuando tenía problemas, sobre todo de dinero o de policía, que parecía sentir una especial e injusta antipatía hacia su padre.

—Pronto volveré a las minas. ¿Qué te parecería quedarte con el tío negro? Perdón, déjame reformular la pregunta: ¿qué te parecería quedarte con tu heroico medio tío Baba? Quizás esté fuera más tiempo de lo normal. Algo más.

Sipho no podía estar más lejos de tartamudear, pero casi se le escapa un “¡hala!” (no le gustaba demasiado quedarse con la abuela porque no tenía frigorífico y ni tan siquiera sabía lo que era Magnum) que consideró no estaba bien decir. Por tanto, en su lugar, se limitó a asentir con la cabeza y a fingir que estaba muy triste y serio.

—Quizás sea lo mejor.

—Puede que tengamos que convencerlo, pero es pan comido. No tiene valor para negarte nada.

Sipho quería defenderlo, decir que era muy valiente, pero, una vez más, se dio cuenta de que no era buena idea.

El padre de Sipho se levantó, escondió la bolsa del coche, le dijo que lo acompañara, cerró la puerta con llave y comenzó a caminar hacia la parada de los minibuses.

—No tiene agallas, ahí está el problema.

—¿Vamos a visitar al medio tío Baba?

—Sí, esta noche pelea contra un crío, así que pide entradas.

—¿Crees que el señor Kipling te dejará pasar?

Su padre sopesó la pregunta, pero, para cuando llegaron a la parada, ya había encontrado la respuesta:

—Escalamos el muro, fuerzo la cerradura del Rolls y esperamos dentro.

—¿Me contarás cómo lo conseguí?

—¿El qué?

—El diente.

—¿El colmillo?

—El diente que lleva colgado del cuello.

—¿Esa cosa estúpida que le hace creerse mejor y más honorable que los demás?

—Sí.

—¿Y por qué crees que precisamente hoy te lo voy a contar?

—Porque hoy pareces amable.

—Así que... ¿Así que de verdad quieres saberlo?

—¡Sí!

—¿Solo “sí”?

—¡Sí! ¡De verdad que quiero! ¡Sí, por favor!

—Se lo quitó a un leopardo. Peleó con él y le ganó; así lo obtuvo.

—¿Luchó contra un leopardo?

—Sí.

—¡Hala!

Se lo imaginó boxeando con el leopardo, noqueándolo con un gancho perfecto y extrayéndole el diente. Entonces, lo dijo otras tres veces, bastante alto y en rápida sucesión:

—¡Hala! ¡Hala! ¡Hala!

—Es probable que tuviera como refuerzo a algún amigo con un rifle, oculto en un árbol.

En ese momento, justo cuando Sipho se percató de que a su padre no le gustaba que su medio tío le impresionara tanto, añadió:

—Cuando sea mayor, boxearé con un tigre.

El padre de Sipho, cuyas pupilas eran del tamaño de un cacahuete y tenía las mejillas empapadas de lágrimas, sonrió feliz mientras exhalaba el humo:

—Al diablo con lo que dicen. Después de todo, eres mi chico.

Sipho vio que sus palabras lo habían complacido, así que decidió repetirlas:

—Cuando sea mayor, boxearé con un tigre... Y ganaré.

Prólogo

Y así fue como Sipho, el día en el que su medio tío estaba a punto de boxear con un adolescente, pelea que lo transformaría de superhombre a mendigo sin ningún otro atisbo de honor más que la promesa de no volver a boxear, hizo muy feliz a su moribundo padre y pasó a llamarse Tigre.

Andres Laszlo Jr.

CAPÍTULO 1

El tío de Tigre nunca volvió a ser el mismo después de pelear con Jonathan. Y el padre de Tigre nunca regresó de las minas. A veces, Tigre sospechaba que su padre había conseguido por fin escupir el diamante y que había cogido un avión a América, pero, para ser sinceros, ya no se acordaba tanto de él. Sin embargo, sí que pensaba mucho en su tío y en por qué había cambiado tanto después del combate. Había prometido no volver a boxear, una decisión que le parecía muy extraña porque había noqueado tan maravillosamente bien a su contrincante que este había permanecido en el suelo incluso cuando se marchaban. Además, lo había hecho tan bien que tres policías habían tenido que escoltarlo a través del entusiasmado público.

A Tigre le gustaba vivir con su tío a pesar de que las casas en las que habían estado antes eran mucho mejores que la actual. Le gustaba aunque ya no hubiese un congelador lleno de helados Magnum ni un Kipling con el que jugar. La mejor parte era que, como su tío ya no quería boxear, tenía que conseguir dinero de otras formas y siempre lo incluían de una manera u otra. Esto le encantaba y, por eso, se asustó mucho cuando la gente le dijo que los “llévame” lo iban a apartar de él porque ganaban muy poco. A pesar de que su tío seguía siendo el hombre más rápido del mundo, Tigre creía que aún estaba lejos de poder salir adelante sin su sobrino. Por esta razón, todavía no había empezado el colegio y, por eso, a veces creía que quizás debería volver a boxear aun si les dejaba menos tiempo para trabajar juntos.

*

Baba acabó por considerarse un asesino y así se lo había dicho al tribunal:

—Soy culpable. Fue un asesinato y la única pena justa es dispararme.

Lo declararon inocente de todos los cargos y, como estaba a punto de quedar en libertad, el juez lo llamó a su despacho. Allí, le sirvió un whisky y le dijo que consiguiera el cinturón de campeón del mundo para demostrar que la decisión de exonerarlo había sido la correcta.

Como la justicia no lo iba a castigar, Baba consideró que lo tendría que hacer él mismo y, en el papel de juez, había demostrado tener muy poca piedad: se sentenció a no volver a boxear. Además, con dicho veredicto, aunque en aquel momento no se lo planteó, no solo se había condenado a sí mismo a una vida de pobreza, sino también al niño del que ahora era tutor no oficial.

Baba se había dado a la bebida, sobre todo a la cerveza, y, sin boxeo, el dinero pronto dejó de entrar. Se vio obligado a abandonar su mansión alquilada y sus amigos, todos y cada uno de ellos, no tardaron en percatarse de que tener como amigo a Baby Baba ya no era algo por lo que mereciese la pena luchar. Baba sabía por qué se habían ido, pero no era lo que más le molestaba y pronto lo diluyó en alcohol. El chico también lo entendía, pero no parecía preocuparle demasiado. El mayordomo de Baba, el último en marchar, había intentado una y otra vez que dejara la bebida y volviera a boxear, pero no lo consiguió. Baba, incapaz de pagar el último sueldo de Kipling, le había dado su posesión más preciada: la capa roja que llevaba la noche en la que había noqueado a Topaz, que, por aquel entonces, estaba en la sexta posición de la clasificación mundial.

Baba era cada vez más pobre y descendía en la escala social de Ciudad del Cabo igual que boxeaba: a una velocidad nunca antes vista. A menudo, eran los cobradores de impuestos los que le perseguían y empujaban escala abajo, ya que no se creían que Alexander Baby Baba, el hombre considerado hasta hacía nada como la mayor esperanza del boxeo de Sudáfrica, no era económicamente independiente. Sin embargo, era cierto y se siguió desmoronando hasta que se mudó a la pequeña casucha en la que todavía vive hoy en día con su sobrino. Es marrón y se encuentra en las dunas de la parte Hout Bay del Mandela Park. El Mandela Park es un gran campamento de ocupantes ilegales situado a media hora en coche dirección este del centro de Ciudad del Cabo.

A pesar de que la vida en general no le haya ido muy bien a Baba, hay algo, aparte de no boxear, de lo que se enorgullece. Cree que ha cumplido la promesa que le hizo a su medio hermano, la de cuidar a su sobrino. Sin

Capítulo 1

embargo, no todo el mundo estaría de acuerdo en la calidad y, si se llevase a cabo una encuesta entre los vecinos, la opinión mayoritaria sería que estaba lejos de ser un tutor ideal. Como la bebida le empobrecía e idiotizaba cada vez más, su sobrino se había visto obligado a hacer un rápido acopio de ingenio. Y así fue. Mientras Baba iba cuesta abajo, Tigre se transformaba en un animal de ciudad cada vez más astuto y, en la actualidad, o al menos eso dicen algunos, es el sobrino quien cuida del tío y no al revés.

Hoy en día, la amenaza de los cobradores que una vez persiguió a Baba ha desaparecido, pero solamente para que una nueva la sustituya: la de la separación o la de “el señor Mandela”, tal y como, por algún extraño motivo, la denomina. Ahora, los asistentes sociales, Vish el Villano y otros tantos se están esforzando al máximo para separarlo de su sobrino. Algunos tienen buenas intenciones, pero otros son mala gente y ambos grupos están más cerca que nunca de lograr su objetivo.

La mayoría de los que siguen teniendo actualmente una casa de apuestas en Ciudad del Cabo aún se acordarán del nombre “Baby Baba”. No obstante, al verlo, solo algunos, o tal vez ni eso, reconocerían en él a la gran esperanza del boxeo de Sudáfrica de hace unos años. Es más, incluso si uno lo hiciese, sería, por supuesto, totalmente inconcebible que supiese algo acerca de la relación con su sobrino. Sin embargo, si, hipotéticamente hablando, nos imaginamos que existiese dicha casa y, además, un dueño con toda la información relevante y clientes dispuestos a apostar, entonces la probabilidad 20-1 de “Baby Baba mantendrá la custodia de su sobrino hasta final de mes” habría sido bastante acertada. Por tanto, el que quisiera apostar por la separación, o por “el señor Mandela”, según Baba, es probable que no recuperase el dinero ni siquiera tras las comisiones. De todas formas, aquel día se disputaba la semifinal del mundial de fútbol, así que las apuestas iban por otros derroteros.

*

Tigre, que se acababa de despertar, se frotó los ojos para espantar el sueño y estiró mecánicamente la mano hacia el estante en el que reposaba en silencio un viejo despertador, cuya solitaria y oxidada aguja marcaba una hora que ya había pasado hacía mucho. Como todas las mañanas, Tigre la movió hasta las nueve y, durante la siguiente gravedad de 24 horas, aunque

prefería denominarla “tiempo”, la volvería a bajar a la zona entre las siete y media y las ocho.

Fuera, el sol ya había salido, pero, aun así, hacía frío y había gotas de lluvia en la ventana. En la parte trasera de la casucha roncaba su tío con tono profundo de barítono. Lo único que veía era algo de pelo negro y rizado que sobresalía de debajo de la manta y una de las manchas blancas. Junto a él había una pequeña mesa improvisada en la que se apoyaba un viejo paraguas de punta afilada. Sobre la mesa descansaba un viejo y horrible cuchillo para los intrusos. A su lado, había un bote de betún italiano que, para alguien capaz de reconocer su suprema exclusividad, contrastaba claramente con el suburbio circundante. Encima del cabecero de la cama había botellas de cerveza: algunas, llenas, pero la mayoría, no. Las primeras estaban en la pared, ya que estaba más fresca porque la casucha se apoyaba en una duna. Al lado de la cocina se encontraban una botella de leche y otras cosas para hacer café. Tigre la olfateó y puso cara de asco, no tanto porque la leche estuviera caducada, que así era, sino porque la odiaba, sobre todo si estaba caliente. A pesar de que no le gustaba y de que nunca la bebería, ni siquiera con café, su tío era todo lo contrario y no tomaba el café del desayuno sin ella. No le valía ni la leche en polvo. Por consiguiente, Tigre repasó mentalmente mientras terminaba de vestirse las frases introductorias más empleadas en la batalla que sabía le aguardaba: se estaba preparando para ir a la *spaza*, la tienda de comestibles local. Allí tenía la intención de conseguir, de una forma u otra, algo de leche para su tío. “Ya no sonrío mucho, pero cuando hay leche fresca para su café de la mañana a veces sí”.

Buscó dinero en la ropa de su tío (como era de esperar, sin éxito) antes de coger una vieja cesta y de abrir la puerta; aunque el sol brillaba sobre Table Mountain, estaba comenzando a llover. Tigre, que adoraba el agua en todas sus formas, corrió rápidamente hacia la lluvia, bajo la que, al igual que un niño, empezó a brincar. Lo primero en lo que pensó fue que tenía que ir sí o sí a la *spaza* para conseguir leche. Lo segundo, que quizás le convendría lavarse; su tío estaría de acuerdo. “Si lo hago y la lluvia que cae sobre el tejado le despierta, es probable que no se enfade mucho por la falta de leche”. Entonces, mientras la lluvia arreciaba con más fuerza, le llegó la inspiración y tuvo una idea incluso mejor. Se apresuró a subir a la pequeña acequia que pasaba justo por encima de la casucha.

Desde allí, en lo alto, Tigre veía muchas de las casas recién construidas. También la de su mejor amigo, Themba, que vivía con su familia en la casa

Capítulo 1

contigua, pero al otro lado de la acequia. Themba, el más joven de los dos, adoraba la lluvia incluso más que Tigre, pero cuando lo llamó no obtuvo respuesta. “Quizás esté en la cama. Tose mucho últimamente”.

Mientras volvía apresuradamente a casa, se acordó, aunque solo en el último momento, de su tío dormido. Echó el freno, derrapó para detenerse y a duras penas logró mantener el equilibrio. Abrió la puerta con cuidado, entró de puntillas y empezó a reunir el material necesario. Era el mejor constructor de molinos de agua de toda la parte Hout Bay del Mandela Park, incluso podría decirse que de todo el Mandela Park, aunque Themba le pisaba los talones en segunda posición.

Tigre, silenciosa y sigilosamente, cogió dos tablas unidas, dos cucharones y, junto a la cama de su tío, el viejo y horrible cuchillo. Como tenía las manos llenas, lo sujetó con los dientes. En ese momento, cuando se dirigía de puntillas hacia la puerta, los grandes ronquidos de su tío se pararon en seco. Se quedó quieto como una estatua. Allí estaba: en la mano derecha, dos cucharas grandes, en la izquierda, dos tablones, en la boca, el cuchillo. Apenas podía respirar. Tras una espera demasiado angustiosa (a su tío no le gustaba ni que construyera molinos ni que le despertaran por las mañanas), los ronquidos regresaron. Salió rápidamente a la calle, donde llovía con más fuerza que nunca.

Miró hacia la acequia y los ojos le empezaron a brillar cuando se percató de que un hilillo de agua borboteaba a través de una antigua fuga de la acequia. Volvió a subir. Seguía sin haber señales de Themba o de actividad en la casa. Una vez arriba, comenzó, a pesar de las múltiples y vehementes advertencias, a cavar un canal para desviar la corriente. “Ya había una fuga grande en la pared, de verdad que sí, y lo único que hice fue agrandarla un poquito de nada”. A continuación, tras haber hecho el desvío, juntó algunas piedras y las usó para bloquear el caudal original del agua. Funcionó al instante y el canal se empezó a llenar rápidamente, lo que le hizo ganar fuerza e ímpetu. Entonces, en apenas un suspiro, los hábiles dedos de Tigre convirtieron el material antes reunido en un molino de agua que enseguida comenzó a girar alegremente en medio del gorgoteo de la corriente.

Como la lluvia no amainaba y era más densa que ninguna otra que hubiese visto, el caudal creció aún más y el molino giraba cada vez más deprisa. Tigre observaba fascinado su creación, como si estuviera hechizado. Podría haberse quedado mirando el espectáculo durante horas, tal y como había sucedido en tantas otras ocasiones, pero, de repente, como

si alguien hubiese tocado un interruptor, el cielo se despejó. Diluviaba de una forma que Tigre no habría creído posible. Cogió la vieja cesta y un trozo de revestimiento roto que utilizaba como protección y echó a correr hacia una hilera cercana de viviendas y hacia el reto que le aguardaba. “Quizás me cruce con Themba en la spaza”.

*

En la hilera de casas estaba la tienda de comestibles de “Grump”, el gruñón dueño. A Tigre le caía bien y viceversa, pero había un gran problema: no le gustaba nada su tío. Ni un pelo.

Mientras se acercaba a la spaza, echó un vistazo al interior para asegurarse de que los llévame no andaban por allí. Así era. Entró.

Grump estaba subido a una silla e intentaba arreglar una fuga del techo. Llovía demasiado, pero el dueño, mientras peleaba infructuosamente con el techo, se dio el gusto de soltar una retahíla de improperios maravillosamente variada. Tigre estaba seguro de que era el que mejor maldecía de todo el Mandela Park. Al final, se vio obligado a abandonar y, mientras bajaba, miró al chico con suspicacia.

—Bueno, ¿qué quieres?

—Hola, Grump.

—¡Nada de “Grump”!

Tigre levantó la cesta en dirección al dueño y sonrió afablemente:

—¿Ha visto a Themba, señor Grump?

—¿Qué te crees que es esto, la oficina de turismo? ¿Quieres también los resultados del partido de hoy?

—Lo siento, señor Grump. Entonces, solo quiero una botella pequeña de leche, por favor, señor Grump.

Grump cogió una botella del frigorífico y la metió en la cesta.

—2,80 rand.

A Tigre no le gustó lo que veía. “O aún no ha bebido sus cervezas de hoy o ha estado discutiendo con su señora. No va a ser fácil”.

—Me he olvidado el dinero, ¿puedo pagar mañana?

—¿Para quién es la leche?

—Para mí, de verdad que sí.

—Entonces es gratis. Bébetela.

Capítulo 1

—Esto... Preferiría beberla en casa.

—¿Cuál es la diferencia?

—Ahora mismo no tengo sed, de verdad que no.

—Por supuesto que de verdad no tienes. Odias la leche, tú mismo me lo has dicho docenas de veces.

—Solo la caliente, estoy seguro de que más tarde me entrará la sed, de verdad que quiero...

—¡Lo que de verdad quieres es llevarle leche para el café de la mañana al borracho inútil! ¡No digas que no! Normalmente yo, yo...

—Le gusta tanto —le interrumpió Tigre para intentar desviar el tema— y se pone tan contento cuando hay leche por la mañana.

—Normalmente yo... Yo empiezo el día con unas pocas cervezas — prosiguió el dueño, decidido a que no lo distrajeran—. Nunca lo he negado y lo sabes.

Tigre asintió y trató de aparentar seriedad. Ya había pasado por aquello muchas veces y sabía lo que se esperaba de él. Lo único importante era si todo terminaría en leche o no.

—No, señor Grump, nunca.

—Pero jamás, salvo los martes y los jueves, tomo más de seis. Ahí está el truco, ¿sabes?

Tigre asintió con una sonrisa, como si supiera, simpatizara y estuviera de acuerdo.

—Pero ese inútil, tu tío, no es capaz ni tan siquiera de mantenerse lo suficientemente sobrio como para criar como es debido a un niño tan bueno como tú. ¡Es un milagro que todavía no robes, fumes o esnifes pegamento!

—Mi tío nunca me dejaría hacer algo semejante y no es un inútil. Es boxeador y tiene mucho honor.

—Era boxeador... Hace mucho. Y nunca fue como esos de ahí —replicó Grump mientras señalaba con la cabeza el póster de la pared en el que aparecían los equipos de fútbol de España y de Alemania, los cuales iban a competir esa misma tarde en la semifinal del mundial—. Ni siquiera era un deportista como tal, solamente un talento natural y lo tuvo todo a cambio de nada. Un resumen bastante acertado de tu tío.

—Todavía lo es.

—Y ahora, míralo: recoge colillas en la calle.

—Es oro marrón.

—Llámalas como quieras, siguen siendo colillas.

—Y las coge extraordinariamente rápido.

—Y a ti, pobre diablo, a ti también te las hace recoger. ¿Eso es ser honorable?

—Mi tío tiene mucho honor porque... Luchó contra un leopardo, nunca me deja hacer nada malo, nunca lo han noqueado, siempre mantiene la dignidad, nunca miente y no obs... No obs...

—... Tante —lo ayudó Grump. Él también había pasado por aquello antes y sabía lo que se esperaba de él —. No obstante.

—Gracias. Y, no obstante, las cosas no han salido exactamente como a él le habría gustado que...

—¡Chorradas! Ni siquiera entiendes lo que dices. No es más que un vago inútil y, a estas alturas, ya lo deberías saber.

—¡No! Tiene mucho honor.

—De acuerdo. Entonces, quizás aún conserve algo de ese honor y, quizás, todavía merezca llevar ese estúpido diente.

Tigre, sorprendido ante aquella frase nueva, asintió conforme.

—Quizás no mienta ni haga trampas tanto como algunos de nosotros y puede incluso que le quede algo de dignidad. No afirmo que la tenga, pero, por el bien de la conversación, tampoco lo voy a negar.

Tigre, sorprendido, parecía satisfecho.

—Nadie, salvo el señor Mandela, tiene más honor que él.

—Pero, si es así, y digo “sí”, entonces es lo único que le queda y ahora me gustaría que me dijeras algo.

Tigre asintió.

—Quiero que me digas de qué le sirve el honor.

—¿Servir?

—¿Qué le va a comprar?

—¿Comprar?

—¿Le va a comprar el billete a la ciudad?

—¿El honor?

—Sí

—Eh... No.

—¿Electricidad?

—No.

—¿Pan?

—No.

—¿Cerveza?

Capítulo 1

—No.

—Precisamente, ¡no! Ni tan siquiera le va a comprar una maldita botella de leche, ¡ni siquiera una pequeña! Si esa dignidad y ese honor suyos no son capaces de conseguirle ni tan siquiera eso, entonces en lo que a mí respecta se los puede quedar.

Tigre no respondió. “Definitivamente, ha estado discutiendo con la señora Grump”.

—Y hay algo más. Algo de lo quizás no eres plenamente consciente.

Tigre observó con atención al dueño de la tienda.

*

M.E., el viejo cartero, podía mirar atrás y ver una carrera larga y distinguida, una carrera que abarcaba muchos altos y tan solo unos pocos bajos relevantes. Había repartido el correo en los mejores barrios de Ciudad del Cabo y también, como ahora, en los peores. A lo largo de su dilatada carrera había adquirido la reputación de ser un hombre consagrado a su trabajo y riguroso en las entregas. Sin embargo, cuando aún estaba empezando, una carta se había caído de uno de los sacos, fuera de la oficina. M.E. tenía que, entre otras cosas, llevar el correo al barco de pesca que lo transportaba a la isla Robben. Después de entregarlo, de terminar su turno y de volver a la oficina, sus compañeros le hablaron de la carta. Por supuesto, olvidarse una carta era malo, daba igual para quién fuera, pero, normalmente, estaba lejos de ser una catástrofe. Sin embargo, cuando M.E. miró el sobre, se le secó la boca y le aumentó el pulso. El destinatario no era otro que “Preso 46664, isla Robben, Ciudad del Cabo, Sudáfrica” y el remitente era un tal Olof Palme, presidente de un país llamado Suecia y al que acababan de asesinar. M.E. tenía un cuñado pescador y, como no era alguien que aceptase la derrota sin plantar cara, fueron juntos a la isla a última hora de la tarde. Hacía un tiempo muy desapacible y, cuando por fin, tras numerosos incidentes, llegaron, solo sirvió para que los guardacostas los detuvieran, los escoltaran de vuelta a tierra firme, los arrestaran y los acusaran de intentar liberar al preso 46664. El juez se había reído de los cargos y, después, había alabado al cartero por su devoción. Finalmente, le puso el apodo que M.E. ya había encargado grabar en su lápida.

Mandela Exprés miró con enfado a la dichosa carta que amenazaba con arruinar su segundo mejor día, el día en el que le habían invitado a ver la primera semifinal de un mundial de fútbol disputada en terreno sudafricano. Había tachado seis direcciones, todas ellas pertenecientes a puntos de la ciudad completamente distintos. El remitente era un malvado promotor llamado “Seis P” y el destinatario, una antigua leyenda del boxeo en caída libre más que obvia cuyo paradero actual nadie parecía conocer.

*

Grump le dirigió al chico su mirada de “tengo algo muy importante que decir”:

—Cuando las cosas se compliquen, como bien sabes que pronto sucederá, ¿cuánto tiempo crees que podrá aferrarse al honor?

—Mi tío siempre será honorable.

—¿Incluso cuando nadie le reconozca ya sus méritos?

Tigre asintió.

—¿Incluso cuando te lleven?

—Mi tío siempre será honorable y nunca nos sep... Sep...

—Separarán.

—Gracias.

—Sigues sin entenderlo. El honor de tu tío ya casi ha desaparecido.

—No.

—La primera vez que vino aquí, el diente ese suyo le colgaba del cuello de forma que todo el mundo lo viera, ¿te acuerdas?

Tigre asintió de mala gana. Sabía lo que venía a continuación.

—La razón es que, por aquel entonces, todavía creía que merecía llevarlo, vete a saber por qué, pero, ahora, lo lleva bien escondido bajo la camiseta. No me digas que no te has dado cuenta.

—Solo porque no quiere perderlo, nada más.

—Y en cuanto a que “siempre estaréis juntos”, ya puedes ir olvidándote. De aquí a unos días ya no habrá más “vosotros”.

Tigre no dijo nada.

—La semana pasada, los asistentes sociales estuvieron tres veces aquí haciendo preguntas y antes de ayer encontraron vuestra casucha.

—¿En serio?

Capítulo 1

—Sí, justo después de que os marcharais a la ciudad. Bajaron a llamar a la puerta y, después, subieron aquí a preguntar cosas.

—¿Qué cosas?

—Si te había escolarizado y si había conseguido un trabajo decente.

—Siempre preguntan lo mismo.

—Y entonces la señora dijo que tenían marcado tu nombre.

—¿Que tenían mi nombre marcado?

—Sí.

—¿Con qué? ¿De algún color?

—No lo sé, no entendí lo que quiso decir, pero estoy convencido de que no era nada bueno.

—Pronto volverá a boxear. Seremos muy ricos y volveremos a la ciudad o nos mudaremos a otro lugar agradable en el que no haya “llévames”.

—Sigue soñando. No quiere dejar este sitio y es probable que nunca lo haga.

—Lo hará, nos iremos en cuanto empiece a boxear.

—Tu tío no volverá nunca a boxear. Él mismo lo afirma.

—Lo hará, es solo que aún no lo entiende, y nos marcharemos muy pronto.

—En el fondo, ese borrachuzo sabe perfectamente que no abandonará este lugar hasta que lo echen o hasta que se lo lleven con los pies por delante.

—¡No!

—Quizás lo niegue, pero haría cualquier cosa con tal de quedarse. Le encanta holgazanear aquí y preferiría perderte a trabajar honradamente.

Tigre no dijo nada. Estaba confuso y no quería entender lo que el dueño le decía.

—¿Sabes por qué no te para de hablar de todas esas tonterías del honor?

—No —respondió Tigre y, al instante, se dio cuenta de que, probablemente, había sonado más curioso de lo que debía—. No, no lo creo.

—Para un adulto, cuando escasea el dinero, resulta muy difícil aferrarse al honor y al respeto por uno mismo y el día en el que un fanático del honor como tu tío ya no es capaz de convencerse de que es honorable, todo se desploma.

—¿Uno tiene que tener dinero para tener honor?

—Sí.

—Así que... ¿El honor se compra?

—No lo sé, puede que todavía no, pero el dinero sí que se puede utilizar para comprar la mayor parte de las cosas, sino todas, que hacen que los demás te consideren honorable.

Tigre no dijo nada, pero supuso que lo entendía.

—Él lo sabe —prosiguió Grump—, todo fanático del honor lo sabe y por eso te ha enseñado palabras sofisticadas como “dignidad”, “no obstante”, “separación”... ¡Gilipolleces!

—Mi tío jamás me enseñaría a decir “gilipolleces”. Esa la aprendí del hombre de los cigarrillos, no es culpa suya.

—¡Tonterías! Una vez que el hombre de la botella te atrapa ya no hay vuelta atrás. Como si te vas a cazar leones.

—Pero no es culpa suya. Se pone malo de noche si no bebe, es por el reumatismo.

—Ya.

—Es cierto, de verdad que sí, lo dicen los médicos.

—¿El blanco?

—No, el de verdad.

—Claro, ¿y he mencionado ya que el señor Mandela es mi tío?

Tigre agachó la cabeza.

—Sin dinero no hay leche.

—Volveré con el dinero.

—Cuando quieras —le gritó Grump al chico que, cuando salía corriendo de la spaza, casi choca con el cartero—, pero, mientras sea para ese inútil de Baba, pagas.

Mandela Exprés se volvió hacia el dueño:

—¿Baba? ¿Alexander Baba?

*

A pesar de que había dejado de llover y de que pareciese incluso que el sol estaba a punto de salir de entre las oscuras nubes, Tigre no podía evitar sentirse mal por no haber conseguido la leche y por los comentarios de Grump sobre su tío. “Debería habérmela dado después de todas las cosas malas que dijo”.

Por un lado, Tigre quería mucho a su tío. Aunque parecía estar cada vez más triste, siempre era muy bueno con él y, además, era muy rápido. Tigre

Capítulo 1

estaba convencido de que era el hombre más rápido sobre la faz de la tierra y de que todos los demás niños, si se les obligara a decir la verdad, lo tendrían que, de bastante mala gana, no obstante, admitir.

Por otro lado, sin embargo, le parecía raro que la gente buena dijese todas esas cosas malas de su tío porque sí. “Si de verdad me quiere, pensaba a veces, ¿por qué no vuelve a boxear para que podamos estar juntos? Así, los llévame se irían y nos podríamos mudar otra vez a algún lugar agradable”.

Entonces, justo cuando estaba a punto de ir a otra spaza, oyó la solución a todos sus problemas dirigirse a él.

*

Las voces de unos chicos provenían de entre dos casuchas destartaladas. Eran tres de “Los Baloncestistas”: el hermano mayor de Themba y dos amigos. Estaban hablando de lo impresionadas que habían quedado las chicas la tarde anterior en el partido de fútbol. Una de ellas, de las más guapas, supuestamente había dicho que ellos eran los que en realidad deberían jugar la semifinal de aquella misma tarde en lugar de España y Alemania.

Tigre sabía exactamente lo que se avecinaba. “Aquí viene la leche de Baba”.

—¡Eh! ¡Gallina! —le gritó el hermano de Themba— ¿Vas a danzar, eh?

—¿Dónde está Themba? —preguntó Tigre mientras fingía no estar ni demasiado interesado ni tampoco haberse dado cuenta de la forma irrespetuosa con la que se había dirigido a su tigresidad— Hace mucho que no lo veo.

—¿Y a ti qué te importa, eh?

—Es mi mejor amigo.

—Se ha ido... —al hermano de Themba no parecía gustarle la pregunta— Se ha ido a Mpumalanga, a casa de una tía. Entonces... ¿Vas a danzar, eh?

—¿Cuánto pagas?

—Lo mismo de siempre: un rand cada uno y somos tres, lo que da dos rand.

—Tres.

—Vale.

“Suficiente para comprar leche y dos chicles”.

—De acuerdo, el dinero ahora y nada de empujones, anillos o nudillos.

Cada chico pagó la cantidad establecida por adelantado y uno de ellos se quitó un anillo muy bonito con una calavera sobre dos huesos cruzados.

“Danzar”, oficialmente conocido como “esquivar y danzar”, significaba utilizar a alguien, en este caso, a Tigre, como objetivo vivo para practicar. Los rivales, en este caso, Los Baloncestistas, trataban de golpearlo estilo boxeo en la mejilla o en la barbilla mientras el danzarín intentaba eludirlos por medio de rápidos movimientos: por medio de esquivar y danzar.

Tigre era, de lejos, el mejor danzarín de la zona y, aunque era mucho más joven que la mayoría de sus rivales, era tan rápido y ágil que rara vez conseguían pegarle. Los Baloncestistas no eran especialmente buenos: todos jugaban al fútbol y se les apodaba así solo porque eran altos, no porque jugaran al baloncesto. Ser alto no es para nada una ventaja con respecto al equilibrio y a la velocidad. “Como quitarle un caramelo a un niño”.

En las dos primeras rondas no hubo contratiempos y, en la última, la del hermano mayor de Themba, el más lento de los tres, las cosas empezaron también bastante bien. Sin embargo, después de esquivar con comodidad los ataques de su oponente durante casi toda la ronda, decidió probar algo que normalmente no haría. Se colocó debajo de la guardia de su adversario y allí, por así decirlo, en el ojo del huracán, comenzó a girar alrededor del chico hasta que este se mareó tanto que casi cae.

Como Tigre había dejado en ridículo al hermano mayor de Themba, los otros chicos empezaron a reírse de su amigo, encantados de que alguien hubiese quedado incluso peor que ellos, y a vitorear al sobrino del exboxeador:

—¡Ronaldo! ¡Ronaldo!

Tigre podría haber dejado las cosas ahí y, probablemente, todos estarían bien, pero no fue así. En un acto de burla poco meditado, quizás debido al enfado por los comentarios de Grump sobre su tío o a que Themba parecía haber desaparecido, sacó la lengua.

Hacer algo así no era sensato y el hermano mayor de Themba contraatacó rápidamente sacando el pie y mandando a su rival al suelo con una magulladura en la mejilla.

—¡Ups! ¿Se ha caído la gallina, eh? ¿Se ha hecho daño, eh?

Tigre, no demasiado molesto, se maldijo. “¡Menuda estupidez la mía!”. Los Baloncestistas se rieron.

Capítulo 1

Algo le bajaba de la mejilla y Tigre comprobó si era sangre. “Tan solo es barro”.

El hermano de Themba contó:

—Ocho, nueve y diez. ¡Fuera!

Tigre permaneció en el suelo para no empeorar las cosas. “Jamás de los jamases, por mi honor, volveré a ser tan idiota”.

—¿Nunca hasta ahora te habían noqueado, eh? —preguntó el hermano de Themba— Igual que su tío, ¿eh? Segundo perdedor más rápido del mundo, ¿eh?

Tigre creyó que los chicos no tenían un buen motivo para quedarse.

—Os dais todos cuenta de que es como si hubiese noqueado a Baby Baba, ¿eh?

Obviamente, Los Baloncestistas creyeron que no tenían un buen motivo para irse.

—Un holgazán estúpido que anda por ahí recogiendo las colillas del suelo. ¿Qué creéis que diría el padre de verdad de este, eh?

A Tigre no le gustaba tener que escucharlo, pero no se movió. Sencillamente, levantarse no era una opción.

—Apuesto a que la gallinita ni siquiera sabe quién es su padre, ¿eh?

A pesar de que la tierra estaba húmeda, también estaba blanda, así que no se sentía demasiado incómodo.

—Si está con su tío, y todos sabemos el borracho inútil que es, ¿os imagináis cómo debía de ser su padre, eh?

Tigre pensó en él. Ya no se acordaba de su padre muy a menudo, pero el día que recordó era también el día en el que su tío se había convertido en una persona nueva y completamente distinta. Había ocurrido tres años atrás y, aunque, por aquel entonces, solo tenía cinco, se acordaba a la perfección. Vivía con su padre en una casa que su tío les había dado cuando, de repente, dos policías habían irrumpido. Uno de ellos era un detective de verdad.

—Probablemente, su verdadero padre también murió de la enfermedad debilitante. ¿Por qué sino formaría equipo la gallina con un perdedor semejante, eh?

*

Los otros Baloncestistas se habían unido con rapidez a las burlas y juntos habían bailado algunas vigorosas, aunque no especialmente bien

coreografiadas, danzas de guerra alrededor de Tigre mientras proferían todo clase de insultos. Entonces, cuando por fin se marchaban, el hermano mayor de Themba comenzó a gesticular como un loco para proporcionarles una detallada descripción de todas las cosas horribles que pensaba hacerle a la gallinita la próxima vez que se encontraran.

Como los chicos altos se alejaban, Tigre se levantó de un salto y se apresuró a volver a la tienda. Puesto que a Grump no se lo veía por ninguna parte, dejó el dinero en el mostrador, cogió la cesta y dos chicles y echó a correr hacia casa. Ahora que había conseguido la leche, al precio, no obstante, de una mejilla magullada, se sentía mucho mejor y, al pasar corriendo por delante de Los Baloncestistas, volvió a sacar la lengua.

“Después de todo, quizás no sea un mal día”, pensó a la vez que el hermano mayor de Themba lo maldecía. Sonrió para sí al girar la última esquina, pero, después, cuando se halló frente a la casucha, se paró en seco ante el horroroso espectáculo.

*

Baba estaba soñando y los temas, al igual que la noche anterior, la anterior y la anterior de la anterior, eran el perdón y la separación o “Mandela”. Nelson Mandela era el símbolo personal de Baba para la separación. Hasta ese momento había sido un sueño agradable porque, sin importar hacia dónde se girase, alguien se lo concedía. Allí estaba su padre, que le perdonaba por robar algo de carne de conejo seca, necesaria para abrirse paso hasta peso mediano ligero. Allí estaba el primer promotor de Baba, el enorme, cruel y legendariamente despiadado Seis P, que le perdonaba por no haber entrenado nunca e incluso le pedía que volviera a su equipo de boxeadores. Allí estaban el camarero de su taberna favorita y Grump, el gruñón dueño de la tienda, que le perdonaban por no saldar las cuentas los días establecidos. Allí estaban los asistentes sociales, que le perdonaban por no tener ingresos constantes y por no haber escolarizado a su sobrino. Allí estaba su sobrino, que le perdonaba por meter la mano en el agua. “¿Por meter la mano en el agua? ¿Qué clase de perdón es ese?”. Allí estaba una chica de hacía mucho, que le perdonaba por no cumplir la promesa de no intentar nada más que besarla. Allí estaba su madre, que le perdonaba por no haberle comprado la nevera que tanto le había prometido. Allí estaba un médico, uno de verdad, que le perdonaba por usar betún para camuflar las

Capítulo 1

manchas blancas que tenía en el pelo. Allí estaban incluso dos adorables cachorros de leopardo, que le perdonaban por lo que le había hecho a su madre sin otro motivo más que el de demostrarse algo a sí mismo.

El sueño tenía algunas pequeñas variaciones, siempre las había, sobre todo el perdón del agua, que era nuevo y raro. Baba deseó despertarse justo en ese momento, justo cuando había tanto perdón y antes de que llegara el final pero, por mucho que lo intentara, no fue capaz. Nunca era capaz. No pudo despertarse y el final estaba aún por venir, el cual no cambiaba nunca en lo más mínimo: parecía escrito en piedra.

Todo empezaba con una cabeza dirigiéndose hacia él por un suelo semejante al de un ring de boxeo. Solo le veía el pelo, que crecía con rapidez pero se aproximaba con demasiada lentitud. Era rubio. A pesar de que sabía que conocía al dueño de la cabeza, no era capaz de ponerle nombre. Entonces, después de lo que pareció una eternidad, por fin llegó hasta él a través del suelo del cuadrilátero y Baba lo reconoció: era Jonathan. El adolescente sonrió afablemente y estiró el brazo hacia él.

Baba le cogió la mano:

—¿Jonathan? ¿Eres tú? ¿Estás vivo?

—Sí, soy Jonathan y...

En ese preciso instante, al igual que en todos los “sueños Mandela” de Baba, la nariz del joven se torció ligeramente y el labio superior se curvó, condescendiente. Entonces, toda la piel y la carne de la cara y del cuerpo de Jonathan se pudrieron y cayeron y Baba se encontró de pronto con que solo tenía huesos en la mano y con que estaba mirando las cuencas vacías de una calavera.

—¡Jamás te perdonaré! —traqueteó la mandíbula.

A continuación, la imagen de Jonathan comenzó lentamente a desvanecerse, pero tan solo se trataba de la primera parte del fin de la pesadilla.

La segunda era muy corta. Llegó un hombre viejo, negro y con aspecto de sabio, el señor Mandela, y le miró directamente a los ojos mientras sacudía decepcionado la cabeza. En el mundo mental de Baba, el señor Mandela representaba el honor y era este o, más bien, la falta de él, lo que quería separarlo del chico.

El señor Mandela lo miró desilusionado:

—Te has deshonrado.

Baba bajó la vista hacia el suelo:

—Lo siento.

Entonces, el señor Mandela volvió a hablar y dijo lo mismo de siempre:

—Y el castigo por deshonrarte es que tú y el chico estéis separados.

No había perdón para Baba, ni siquiera en sueños. Solo separación.

*

Tigre miró con horror el pequeño patio que rodeaba la casucha. El jardín, que formaba un agujero en el suelo, estaba completamente inundado.

Corrió hacia donde la corriente debía haber arrastrado el molino de agua. No estaba por ningún lado, así que subió a la acequia. Allí arriba, quitó las piedras que desviaban el caudal y las recolocó para que mandaran el agua de vuelta a su camino original. Después, bajó, corrió hacia el borde del agua, se quitó los zapatos y empezó a andar hacia la entrada. Como el agua seguía entrando en la casucha, le fue imposible abrir la puerta. Al final, cedió a sus violentos intentos, se desprendió de los goznes y cayó, lo que casi lo noquea. Al dar un gran salto vertical para alejarse tanto del camino del agua como del de la puerta, soltó la cesta, que aterrizó en el agua, donde, tumbada, inmediatamente quedó atrapada en la corriente. Mientras pasaba navegando a su lado y entraba en la casucha, la botella de leche, casi de milagro, permaneció de pie. Tigre corrió hacia el interior.

Dentro se oían ronquidos, ronquidos muy fuertes. También se había formado un lago con todo tipo de cosas, muchas de ellas, supuso, tiradas o perdidas, flotando en él. Había un bate de críquet roto, una pelota de tenis y un payaso con una gran nariz amarilla perdido hacía mucho tiempo y de cuyo robo había acusado a Themba. “Quizás lo robó y después lo escondió”.

Lo primero que recuperó fue el viejo despertador, que había caído al agua. Lo vació, lo agitó e, incluso, con la esperanza de que despertara a su tío, consiguió que sonara un poco antes de volver a poner la aguja en las nueve.

El sonido no lo despertó y el único resultado, aparte de que los ronquidos cesaran un momento, fue que el pelo, con sus dos manchas blancas, se uniera al resto bajo la manta.

Entonces, se dio cuenta de que quizás estaría bien que no se despertara hasta que el agua se hubiese ido y las cosas hubieran vuelto a la normalidad. “Puede incluso que me dé tiempo a hacer café”. Empezó la operación de

Capítulo 1

rescate por lo que sabía que su tío más quería: las botellas de cerveza; sobre todo, las llenas.

Aunque tuvo mucho cuidado, el tintineo de las botellas logró lo que el sonido del despertador y la pesadilla no.

Baba abrió un ojo cargado de sospecha.

Tigre prosiguió con la misión de socorro.

Baba, de espaldas al ruido, creyó que alguien se estaba llevando la cerveza a escondidas, por lo que se quedó quieto y solo movió el brazo para alcanzar el cuchillo. Tocó el betún y lo rechazó. “Si ve las manchas...”. Siguió hacia donde se suponía que estaba el cuchillo y, allí, buscó en vano hasta que, al final, se topó con el mango del viejo paraguas. “Tendrá que valer”.

Como si fuese un pirata con la espada desenvainada, salió de la cama a una velocidad increíble y con un potente rugido con la idea de sorprender al ladrón de cerveza. El potente rugido se transformó en uno de sorpresa cuando se percató de que no era otro que su sobrino. Entonces, en el preciso instante en el que sus pies reumáticos tocaban el agua, el rugido volvió a cambiar y se convirtió en uno de dolor y pánico. A la velocidad que una vez casi lo convirtió en aspirante al título, rebotó literalmente de vuelta a la cama.

Tigre le dedicó una gran sonrisa muy poco natural:

—He conseguido algo de leche y es totalmente fresca.

Solo ahí, Baba, tras recuperarse del susto y despertarse por completo, miró alrededor.

—Grump me la ha dado y la he pagado.

Solo ahí, Baba se dio cuenta de que estaba atrapado en una isla y de que un océano de agua lo separaba de tierra firme.

Tigre, plenamente consciente de la relación especial de su tío con el agua, volvió a sonreír de forma antinatural:

—No te preocupes, pronto habrá desaparecido.

—¿De dónde ha salido todo esto?

—Ha estado lloviendo.

—¿Cuándo?

—Eh... Desde hace un rato, intermitentemente.

—El sol brilla, ¿verdad?

—Pero ha llovido. No creí que pudiese llover de esta forma, hoy es un día muy raro.

—No la he sentido.

—Porque estabas durmiendo.

—¡Pues claro que estaba durmiendo! —explotó Baba— Estamos en mitad de la puñetera mañana, ¿verdad?

Tigre no contestó.

—¿Acaso no puede uno dormir ni en su propia casa?

—Lo que... Lo que de verdad ha pasado...

—Lo que de verdad ha pasado es que has construido otro de tus girachismes.

—Molino de agua.

—¡Girachisme! Y después, como siempre, te has marchado.

—Tenía que hacer cosas.

—Tenía que hacer cosas —refunfuñó enfadado Baba mientras se empezaba a vestir—. Y, claro, ¿no se te ocurrió que quizás me hubiese ahogado?

—No creí que caería tanta agua.

Baba sacudió airado la cabeza.

Tigre vio uno de los zapatos de su tío dirigirse hacia la salida, arrastrado por la corriente. Se acercaba despacio a la puerta. Lo siguió. Cerca iba la cesta, ahora medio hundida, con la botella de leche todavía, por alguna extraña razón, de pie. Detrás del zapato y de la cesta, el payaso de nariz amarilla, patético, incapaz de aceptar su destino y al que el agua llevaba sin piedad hacia el exterior y hacia un destino incierto.

—¡Estúpido niño! ¿Acaso no entiendes nada?

Tigre se volvió hacia su iracundo tío.

—Pensaba que eras tú el encargado de pensar.

Tigre seguía sin responder.

—¿No te das cuenta de lo que pasa cuando solamente haces lo que apetece? —estalló— ¿Acaso no te he dicho miles de veces que el agua es peligrosa?

—Sí... Sí, me lo has dicho.

—Odio el agua más de lo que odias tú la leche caliente. ¡No entiendo cómo alguien tan pequeño puede ser tan cabezota!

Tigre se encogió ante el enfado de su tío.

—Cuando solo piensas en ti mismo, te conviertes en una mala persona. Te conviertes en una isla y no le sirves a nadie. Y no servirle a nadie es lo mismo que ser un inútil.

Capítulo 1

Se acordaba de verlo así de enfadado anteriormente. De hecho, incluso más, pero aquella era la primera vez que lo proyectaba hacia él o, al menos, solo hacia él.

—La gente que no tiene en cuenta a los demás debería... ¡Debería estar en la cárcel!

Tigre asintió y levantó la vista para mirar a su tío, que, desde donde se hallaba, muy por encima de él, sobre la cama, parecía extrañamente peligroso.

—Y si la justicia no los mete ahí, ¡entonces deberían castigarse ellos mismos!

—¿Qué quieres que haga?

—Tú... Yo... ¡Lo que mereces es que te eche a la calle y que nunca te vuelva a hacer el menor caso!

—Por favor, B-B-Baba, no d-d-d...

REPARTO

Baba es el medio tío de Tigre, un exprodigio del boxeo bebedor de cerveza que se castiga.

Bellville-Billy es un sicario dispuesto a matar a discreción y a niños adorables a precios reducidos.

Detective (el) es un policía al que no le gustan ni los ladrones ni los trabajos de poca monta.

Diamante-Dick es un súper ladrón al que no le gustan los testigos y que contrata a Bellville-Billy.

Egipcio (el) es un ladrón de poca monta especialista en relojes falsos.

Enano (el de nariz amarilla) y el hombre pequeño son payasos.

Gigante (el) es un asesino a sueldo de un sindicato nigeriano al que envían a matar a Baba si no devuelve el tigre.

Grump es el dueño gruñón de una tienda, reacio a guardarse para sí lo que opina.

Hombre de Bellville (el) tiene la intención de noquear a Baba y de llevarse a casa el premio.

Hombre de los cigarrillos (el) es cojo, recicla tabaco y le da trabajo a Baba y a Tigre.

Inspector (el) es un policía honrado que, una vez, admiró a Baba.

Jonathan es el boxeador adolescente que tuvo que pagar un precio demasiado alto por poner a Baba de rodillas.

Kipling solía ser el criado de Baba. Recibió como último sueldo su capa roja.

M.E. (Mandela Exprés) es el cartero que, una vez, le entregó una carta a Nelson Mandela.

Mohammed Ahmad Padayachee es el dueño con aspecto de príncipe de un delicatessen que puede que un día se convierta en boxeador.

Reparto

Músico de jazz (el) es el anciano con mala suerte que promete convertir a Tigre en un artista de verdad.

No D, de quien probablemente ya te hayas olvidado, es el secuaz de Bellville-Billy.

Seis P es un promotor de boxeo con intereses repugnantes en leones, en tiburones y en piel humana.

Themba es el mejor amigo de Tigre. Tosía mucho antes de desaparecer.

Tigre es un adorable niño de ocho años que asegura que, un día, boxeará con un tigre.

Tokolo es un limpiabotas, e infame silbador, y también el modelo a seguir de Tigre.

Topaz era el boxeador estrella de Seis P. Baba lo noqueó al cuarto golpe.

Trevor de Segunda Mano es ayudante en una tienda y, posiblemente, el chiflado más alto del mundo.

Vish el Villano es un hábil vendedor de relojes que se dedica a “niños niños” cuando el sol se acuesta.

Voz, el orfebre, es un delincuente de poca monta con ambiciones poco realista.

